

A-C.89/6

LIBRERIA EDITRICE TRAPIZZI

L. M.
DE
LARRA

—

UNA
NUBE
DE

VERANI

LIBRERIA EDITRICE TRAPIZZI

100 1000
100 1000

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

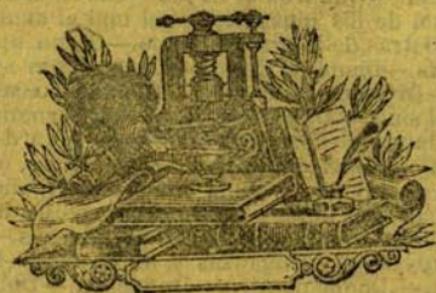
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, N.º 4.

A-Cej. 89/6

UNA NUBE DE VERANO.

12.
47900

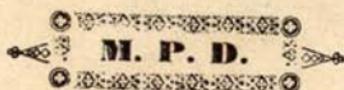
Comedia en tres actos y en verso,

original de

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada con extraordinario aplauso en el teatro de Variedades la noche del 22 de Setiembre de 1854.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion en los Teatros del Reino en 27 de Marzo de 1854.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-Baja, n.º 19, bajo.

Marzo 1857.



PERSONAS. ACTORES.

MATILDE.	<i>Doña Matilde Duclós.</i>
ELISA	<i>Doña Rita Revilla.</i>
ANITA.	<i>Doña María Romero.</i>
DON LUIS.	<i>Don Manuel Osorio.</i>
DON JUAN.	<i>Don José Calvo.</i>
DON CARLOS.	<i>Don Jorge Pardiñas.</i>

Estrenada con extraordinario aplauso en el teatro de
Varietades la noche del 22 de Setiembre de 1854.

Esta comedia ha sido representada en los Teatros del Reino en 27 de Marzo de 1854.

La escena es en Madrid el año 1853.



Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscripción de los Sócios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

Á MIS MÁS QUERIDOS AMIGOS

LUIS EGUILAZ Y DIEGO LUQUE.

SI es cierto que los hermanos del corazón suelen quererse más que los de la sangre, no os extrañará que os dedique la presente comedia, cuyo único mérito consiste en los aplausos inmerecidos de que el público la ha colmado.

Débil es la muestra de mi cariño, pero á bien que soy jóven, y tal vez llegue algun dia en que os pueda ofrecer otra obra que sobre ser de más valor, pueda compararse con el afecto que os profesará siempre,

Luis Mariano de Larra.

LUIS ECHEGARAY Y DIEGO LUQUE

2

El es el que por los años de su infancia me
me enseñó a leer y a escribir, y me enseñó
también que se debía de leer con atención
y que se debía de escribir con limpieza y
orden. Él me enseñó a leer y a escribir, y
me enseñó también que se debía de leer
con atención y que se debía de escribir
con limpieza y orden. Él me enseñó a
leer y a escribir, y me enseñó también
que se debía de leer con atención y
que se debía de escribir con limpieza y
orden.

Luis Echeagaray y Diego Luque

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Juan, Balcon á la derecha del actor, que figura dar á la calle de Alcalá. Puerta al lado que dá, como las de la izquierda, á las habitaciones interiores. Otra al fondo. En todas ellas cortinas de lujo. Butacas, espejos, etc., etc,

ESCENA PRIMERA.

ANITA. DON JUAN. (*Aparecen.*)

Juan. Yo quiero que me lo cuentes!
Anita. Y yo no quiero decírtelo.
Juan. Lo dirás.
Anita. No lo diré.
Juan. Lo veremos.
Anita. Ya está visto...
Juan. Yo puedo tener secretos...
Que ocultas á tu marido?...
Así te olvidas, Anita,
á los veinte años cumplidos
de boda, de lo que dice
Ripalda en su Catecismo!
La mujer debe obediencia...
Anita. Y yo me casé contigo
para mandar en mi casa;
estamos? Tú no eras rico,
y yo te dí con mi mano...
Juan. Adios!... los diez mil del pico...
Anita. Diez mil duros!... te compré:
estamos?
Juan. Dios me dé tino!



Anita.
Juan.

Soy ama, estamos?

Estamos

haciendo un papel ridículo.
No es natural que yo quiera
saber la causa, el motivo,
de por qué están en mi casa
las gentes que en ella admito?

Vivíamos santamente
en la calle del Colmillo
hacia mas de diez años,
en un caseron magnífico,

y de repente aparece
una señora. Salimos

conque, yo no sé por qué,
se queda á vivir contigo,
que si bien tiene ella casa,
segun tú misma me has dicho,
sienta, por mi mal, sus reales
en mi pobre domicilio,
á espensas de mi paciencia,
de mi humor y mi bolsillo.

Callo! De pronto te ocurre
el espantoso designio
de mudarte; buscas casa,
y vamos sin mi permiso
á habitar, por mi desgracia,
á la calle de Peligros...

Callo tambien! Tu amiguita
Matilde, falta de juicio,
nos hace ir siempre á paseo,
te lleva al teatro del Circo,
y lo que es aun mas extraño,
vais siempre de tapadillo.

Si vamos al teatro Real,
ha de ser al paraíso,
donde se ve á los cantantes
del tamaño de un pepino.

Si á las máscaras, tenemos
que estar durante el bullicio
con el traje y la careta
aunque uno se abraza vivo.

Si al teatro, á la ignominia;

y estoy teniendo el capricho
de que si vais á los toros,
os soplais en el tendido.

Por las noches al balcon
os poneis, y esto es mas lindo;
todo se os vuelve mirar
hácia la puerta del Suizo.

"Ya sale," dice la una;

"ya entra," os decís al oido;

y yo, que ni entro ni salgo

en tan raro laberinto,

la cabeza me devano

sin que saque nada en limpio.

Y no contenta con esto,

el otro dia, á las cinco

de la tarde, cuando el sol

achicharraba, contigo

me llevas, sin decir nada,

de Alcalá por el camino

á recibir á otra amiga

que en la diligencia vino...

Os saludais, os dais besos,

y aumentando mi martirio

tambien te la traes á casa,

donde ocupa el cuarto mio.

Siguen las conversaciones,

aumentan los secretitos,

y yo por una y por otra

estoy hecho un zarandillo.

"Don Juan, al punto un carruage,

(Remedando la voz de las mujeres.)

"don Juan, baje usted ahora mismo,

"y vea si el caballero

"de pantalon de cuadritos

"que estaba enfrente, hace señas

"a aquella del abanico.

"Que necesito billetes

"para ir al jardinillo."

Y todas os preguntais:

"le has visto? no, no le he visto."

Qué es esto? En qué tiempo estamos?...

(Fuera de sí.)

De mi tugurio tranquilo
 pretendes hacer acaso
 un nuevo San Bernardino?
 Qué damas son esas damas?
 A qué vienen estos líos?
 Que estoy viendo que si sigues
 en tu espantoso delirio
 de admitir á cuantas quieran
 venir á vivir contigo,
 será preciso poner
 en el Diario de avisos,
 con letras de dos pulgadas,
 el siguiente remitido:
 «Por razones ignoradas,
 «se advierte á este pueblo invicto,
 «que á casa de don Juan Robles
 «se ha trasladado el Hospicio.»
 Has acabado?

Anita.

Juan.

Anita.

Acabé.
 Pues te digo y te repito,
 que nada puedo decirte
 mas de lo que ya te he dicho:
 que esas damas no me estorban,
 que alegre con ellas vivo,
 que son jóvenes y honradas,
 que puesto que somos ricos,
 podemos gastar dinero;
 y que pues no tengo hijos,
 justo es que busque quien quiera
 distraerme de un marido
 tan caviloso y tan sándio;
 y por último, que insisto
 en callar, y que no quiero
 decirte mas.

Juan.

Anita.

Juan.

Anita.

Juan.

Bravo! lindo!
 Cásese usted!
 No haberlo hecho:
 yo tu mano no he pedido.
 Pero mujer...
 Y silencio,
 que aquí salen.
 Me resigno.

ESCENA II.

DICHOS. ELISA. MATILDE. (*Por la primera puerta de la izquierda.*)

Anita. Adiós! Has dormido bien?

Matilde. Muy bien: y usted?

Anita. De lo lindo.

Y Elisa?

Elisa. Yo!... casi nada.

Matilde. Y usted, don Juan?

Juan. Yo?... magnífico.

Ayer tuve calentura,

y apenas amanecido

he tenido la fortuna

de que me dé un tabardillo.

Matilde. Mal humorado está usted.

Juan. Ya ve usted, el calor y el frío...

Anita. Ya se lo dije á Matilde, (*A Elisa.*)

á quien como á hermana miro:

su historia de usted idéntica

á la suya; el estravío

de su esposo, y la amistad

que en ustedes dos he visto,

me interesó por usted

de tal modo, que he tenido

un placer en que admitiera

mi oferta.

Matilde. (*A las dos.*) Feliz no he sido

yo tampoco en mis pesquisas.

Hace ya un mes que he venido,

y ni en paseo en el Prado,

ni en los teatros le he visto.

Anita. Se le ha tragado la tierra:

y eso que no hemos perdido

la más pequeña ocasion.

Dios quiera que más benigno

con usted el cielo, haga

vea pronto á su marido!

Elisa. Dios lo quiera.

Juan. (*Sin oír lo que dicen.*) Pues, señor,

hago un papel muy bonito!

Elisa. De todos modos, señora, (*A Anita.*)

yo agradezco á usted infinito
su amabilidad. Si su
casa por ahora admito
es porque...

Anita. No hablemos de eso:
mayor mi placer ha sido.

Matilde. Es usted, Anita, un ángel.

Anita. Y tú, tú eres el diablillo
mas simpático y mas bueno
de la tierra.

Juan. Y yo el pollino
mas estúpido del mundo.

Matilde. Don Juan? (Llamándole.)

Juan. (Levantándose.) Adios!

Matilde. (Hablándole al oído.) Necesito...

Elisa. Tan loquilla como siempre

Anita. Oh! Yo la quiero infinito.

Casi la he visto nacer...
y su tia siempre ha sido
mi mejor amiga.

Matilde. Un coche
quiero que traiga... (A Anita.)

Juan. Lo dicho;
soy un asno.

Anita. (A don Juan.) Que no tardes.

Juan. Y por qué no va Toribio?
para qué son los criados?

Anita. No te acuerdas que el domingo
nos trajo uno tan horrible
que nos silbaban los chicos?

Juan. Y hay quien se case!

Matilde. Yo quiero
que tú te vengas conmigo.

Elisa. Pero adónde vas?

Matilde. A casa
de Ginés por un vestido
que compré ayer.

Anita. Que se almuerza
á las doce. (A las dos.)

Juan. (Poniéndose el sombrero.) Ya estoy listo.

Anita. Ustedes tendrán que hablar... (A las dos.)

Elisa. Por Dios...

Anita.

Esto es ya sabido:
en mi cuarto las espero. (*Vase.*)

Matilde.

No tardaremos.

Juan.

Qué hechizo!

Voy á ver si por fortuna
llego á encontrar un vehículo
que antes de andar treinta pasos
se haga trescientos añicos.

ESCENA III.

ELISA. MATILDE.

Elisa.

Deja que otra vez bendiga, (*Se sientan.*)
cara amiga, mi destino.

Matilde.

Yo en Madrid, yo al la'o tuyo!...

Elisa.

De la suerte son caprichos.

Cierto que es particular!..

Oh! quién nos hubiera dicho

en el colegio, que al cabo

de siete años no cumplidos,

por ser las dos desgraciadas,

íbamos á reunirnos!...

Matilde.

Con todo, lo que nos pasa

es por demás bien sencillo.

Yo en Zaragoza vivia

sola; mi caro marido

vino á Madrid hace un año

á ganar cierto litigio,

y hace mas de cuatro meses

que ni una carta me ha escrito.

En este tiempo fallece

mi tia: Dios haya sido

tan generoso con ella,

como ella rara conmigo!

Sé por varios de la Corte

que mi dichoso Carlitos,

no solo está sano y gordo,

sino tambien... *distraido.*

Sin decir á nadie nada

de mi marcha y mis designios,

me meto en la diligencia:

á Guadalajara arriba,
 donde por casualidad
 te veo... Encuentro magnífico!
 Nos hablamos dos palabras;
 prometemos escribirnos;
 me cuentas que hace medio año
 que se marchó tu marido
 de tu lado, y que en sus cartas
 manifiesta su amor frío;
 que de quedarse en la Corte
 inventa nuevos motivos,
 y yo que por mi fortuna
 encontré un pecho benigno
 en doña Anita, á quien siempre
 desde mi niñez he visto,
 sin ninguna esplicacion
 que vengas aquí te escribo.
 Llegas, te instalas, corremos
 por Madrid, nada hemos visto;
 pero en cambio estamos juntas
 esperando un día benigno
 que nos traiga á nuestros cónyuges,
 amantes y arrepentidos.

Elisa. Este es justamente el caso;
 y mas aun me maravillo
 al ver que nuestras historias
 son hasta ahora lo mismo.

Matilde. Pero espícame, si puedes
 esplicármelo, el motivo
 del abandono espantoso
 de tu... pues... de tu marido.

Elisa. Con bastante capital
 para vivir felicísimos,
 con mi amor inestinguible,
 con mi incansable cariño,
 qué pudiera apetecer
 para dejarme el impío?

Matilde. Conque la causa no sabes?

Elisa. Ni por pienso. Yo lo mismo
 he estado con él un día
 que otro... Mi amor ha crecido
 despues de casarme, y siempre

con mi deber he cumplido.
 Al principio mis caricias
 recibia con delirio;
 á poco las esquivaba;
 despues odiólas altivo;
 y por último, enojado
 de mi amante desvarío,
 hasta en sus cartas le encuentro
 indiferente y esquivo.

Matilde.

Tú siempre has tenido un alma
 de fuego, y habrás creído
 sujetarle á tus encantos
 con un afecto sin tino:
 le habrás dado tanto amor
 que el pobre se habrá rendido,
 y es tan malo no amar nada
 como querer con delirio.

Elisa.

En qué pequé si le adoro?

Matilde.

En adorarle: y el mio?
 Don Carlitos!... picarón!

Elisa.

Pero ese...

Matilde.

Estaba aburrido
 con mi tia, la llamaba
 archi-suegra, archi-vestiglo!

Elisa.

Tú crees que los veremos?

Matilde.

Un dia ú otro de fijo.

Elisa.

Madrid es grande...

Matilde.

No importa.

Elisa.

En dónde estarán metidos?

ESCENA IV.

DICHAS. DON JUAN.

Juan.

(*Por la puerta del fondo.*)

Señoras, el coche espera.

Matilde.

Es bueno?

Juan.

Mucho. (Un navío.)

Elisa.

Conque quieres que salgamos?

Matilde.

En este instante: es preciso
 que ni una ocasion perdamos.

Elisa.

Siempre que salgo tiritó...

- hay hombres tan insolentes!...
 todos hacen unos guiños...
 Se quedan mirando así...
 Querrás creer que hasta me dijo
 uno al pasar la otra tarde,
ju, juí: viva ese trapio...
- Matilde.* No tengas miedo: de Anita
 entremos á despedirnos.
 Adios, don Juan; hasta luego.
- Juan.* Servidor de usted.
- Elisa.* Repito!
(Vanse izquierda.)
- Juan.* Vayan ustedes con Dios!
 (Si dejan pasar tranquilo
 ese coche por la calle
 sin dirigirle un pedrisco,
 es que no tienen vergüenza
 los madrileños. He dicho.)

ESCENA V.

DON JUAN.

Las diez y no me acordaba!
 ah! cabeza de chorlito!
 que á almorzar hoy mismo tengo
 convidados dos amigos...
 digo, convidados no,
 porque ayer perdí al tresillo
 un almuerzo, y como yo
 nunca mando en mi bolsillo,
 por no pedir á mi esposa
 etcétera... convinimos
 en almorzar en mi casa.
 Habrá tambien sermoncito;
 pero será necesario
 que salga del compromiso.
 Voy á decirselo á Anita,
 y á esperarles en el Suizo.

ESCENA VI.

DON LUIS. DON CÁRLOS. (*Foro izquierda.*)

- Luis.* No le pase usted recado, (*Dentro.*)
que ya vendrá cuando quiera.
(No queda duda: aquí era.) (*Entrando.*)
- Cárlos.* Que miras con tal cuidado?
- Luis.* Ver si existe algun indicio
de una bella que aquí habita.
- Cárlos.* Bella? Si hablas por Anita,
es que perdistes el juicio.
- Luis.* Qué Anita?
- Cárlos.* Toma! la esposa
de don Juan.
- Luis.* Puede que sea:
es bonita?
- Cárlos.* Es vieja y fea.
- Luis.* Entonces es otra cosa.
Viven solos?
- Cárlos.* Creo que sí.
- Luis.* Pues en esta casa entró:
será en otro cuarto? no,
que luego al balcon la ví.
- Cárlos.* Mas de quién hablas?
- Luis.* De un sér
hechicero, encantador;
de una mujer que en rigor
es un ángel, no mujer.
- Cárlos.* Hola!...
- Luis.* La vi el otro dia
en la calle, la seguí...
Y entró en esta casa?
- Cárlos.* Sí.
- Luis.* No será como la mia.
- Cárlos.* Cuál?
- Luis.* Otra niña hechicera
á quien encontré en el Prado:
el rostro mas agraciado,
con unas manos de cera!...
- Cárlos.* Y dónde vive?
- Luis.* Lo ignoro,

porque un necio me paró,
y mientras desapareció
de belleza aquel tesoro.

Y lo que me estraña mas,
es que ni en las reuniones,
ni en paseos, ni en funciones
la habia visto jamás.

Luis.

Tampoco á la mia ví,
yo que á todas partes voy,
y lo mejor es que estoy
seguro de que entró aquí.

(Pausa. Se sientan.)

Cárlos.

Por cierto que risa dá,
aunque alguien bien lo interprete,
ver cómo hacen el cadete
dos hombres de juicio ya.

Luis.

El amor no mira nombres;
dueño absoluto de todo,
ataca del mismo modo
á los niños que á los hombres.
Y además confesaré,
aunque con mil trasudores,
que de fáciles amores
me canso ya por mi fé!
Desde que nos conocimos,
hace tres meses escasos,
en buenos y en malos pasos
juntos la tuna corrimos.
Y me cansan, sin ambajes,
aunque me ridicolizas,
esas virtudes postizas
ocultas tras mil encajes.
Hay mujeres que al seguirlas,
sin obstáculo ninguno,
hasta le quitan á uno
el orgullo de rendirlas.
Y pienso al mirar las bellas
que caen con un hombre ducho,
ó que el hombre vale mucho,
ó que valen poco ellas.
En tres meses me han querido

(Levantándose.)

Luisa, Julia, Magdalena,
 Antonia, Rosario, Elena,
 y alguna que dí al olvido.
 Y entre ellas bien barajadas,
 si de su parte te enteras,
 hay casadas muy solteras,
 y solteras muy casadas.
 Y ellas te darán razol,
 si las quieres preguntar,
 de por qué suelen faltar
 á su santa obligacion.
 Las solteras pobrecitas,
 porque no saben lo que hacen,
 y su inocencia deshacen
 sin saberlo, á las tres citas.
 Las casadas... porque al fin
 el marido es un tirano...
 y porque siempre en verano
 el calor engendra esplin.
 Las viudas, por compasion,
 las niñas por lo que oyeron,
 las viejas por lo que fueron,
 y todas por lo que son.
 De modo que, á mi pesar,
 me he llegado á convencer
 que el que no tiene mujer
 es que no quiere buscar;
 que cual dice un escritor,
 y bien mi elogio merece,
*la que mas santa parece
 es porque engaña mejor.*

Cárlos.

Pero advierte de camino, (*Levantándose.*)
 sin que intente defenderlas,
 que solo para perderlas
 empleamos nuestro tino.
 Que nos fingimos amantes,
 cariñosos, elocuentes,
 enamorados, ardientes,
 reservados y constantes.
 Que olvidamos si vencemos,
 que fingimos si no amamos,
 y que la virtud buscamos

que nosotros no tenemos.
 Las enseñamos el arte
 de engañar y de mentir,
 las hacemos sucumbir
 y nos vamos á otra parte.
 Si de nobles prendas bellas
 no les dá el hombre destellos;
 si tan pícaros son ellos,
 por qué han de ser buenas ellas?
 Sus deberes...

Luis.

Cárlos.

Egoísmo!
 Cumples con los tuyos tú?
 Entonces, por Belcebú,
 si hacemos todos lo mismo;
 si las damos el ejemplo;
 si con fingidas dulzuras
 ni siquiera están seguras
 las que guarda un santo templo...
 cómo querer enmendar
 lo que echamos á perder?
 Cómo podrá la mujer
 su santa virtud guardar?
 No contra ellas te exasperes
 dándolas tan crueles nombres:
 mientras los hombres sean hombres,
 siempre ellas serán mujeres.

Luis.

Carlos.

De modo... Que basta ya:
 que mi estómago se abraza,
 que don Juan no está en su casa,
 y que en el Suizo estará.
 A buscarle voy al punto,
 si tu voluntad no tuerzo,
 para que nos dé el almuerzo,
 que es lo mejor del asunto:
 y de tu imaginacion
 curará las pataratas,
 un buen Bistek con patatas,
 y una lonja de jamon.
 (*Se va por el foro izquierda.*)

ESCENA VII.

DON LUIS.

Tiene razon que le sobra,
 y no le sé responder.
 Seguro de su mujer,
 cómo ha de estar quién mal obra?
 Yo, por ejemplo, querido
 de la mia, á otras prefiero
 y hago vida de soltero
 sin mirar que soy marido.
 Sin embargo, el matrimonio
 disgustos tiene á fé mia,
 y aquella monotonía
 es invencion del demonio.
 Bah! Si la conciencia ruin
 acusa nuestra demencia,
 ahoguemos nuestra conciencia,
 y gocemos hasta el fin.

ESCENA VIII.

DICHOS. MATILDE. (*Con mantilla puesta, por el foro.*)

Matilde. Qué coche!

Luis. Quién? mi conquista!

Matilde. Ah! un caballero!

Luis. Señora!...

(Ella es! qué encantadora!)

Matilde. (Me está pasando revista!)

Busca usted...

Luis. Soy de don Juan
 amigo, y le espero.

Matilde. Voy...

Luis. No se marche usted... estoy
 viéndola á usted con afan.

Matilde. No sé... creo conocer...

Luis. Manos á la obra... audacia.

Matilde. Oh! Sí!... el que con pertinacia
 me siguió...

Luis. Vamos á ver...

- No pretenda usted dejar
en tan triste situacion
al que tiene la ocasion
de poderla á usted hablar...
Usted á mí?...
Matilde. Justamente...
Luis. Yo que apenas la miré,
quise sin saber por qué
encontrarla frente á frente;
y pues mi grato destino
la ocasion me llegó á dar,
no la dejaré escapar
ya que tan á tiempo vino.
Matilde. Permita usted que no entienda...
Luis. Pues sencillo es por demás.
No me ha visto usted?...
Matilde. Jamás...
Luis. No es cierto.
Matilde. Hará que me ofenda.
Luis. Lo sintiera, pero creo
que debió usted reparar
la otra tarde... mi mirar.
Matilde. Que termine usted deseo.
Luis. No aumentaré mi martirio
callando mi afan cobarde:
la he visto á usted la otra tarde,
y la amo ya con delirio.
Matilde. Jesus!... así de repente?...
Luis. El amor entra deprisa.
Matilde. No puedo tener la risa.
Luis. Pues ríase usted... Corriente...
Eso no disminuirá
la verdad de lo que digo.
Matilde. De don Juan es usted amigo?
Luis. Por mi fortuna...
Matilde. Quizá
no le habrá dicho quién soy.
(No es fácil; él no lo sabe.)
Luis. No por cierto.
Matilde. (El hombre es grave.)
Luis. Pero ahora á saberlo voy.
Matilde. No hace falta.

Se ha visto cosa como ella!
Esa odiosa criatura,
para él no hay virtud segura,
casada, viuda ó doncella.

Matilde.

Cómo!

Luis.

Mi boca sostiene

lo que la afirma mi pecho:

un calavera deshecho:

que cuatro queridas tiene.

La viuda de un coronel,

la hija de un oficialista,

y la esposa de un fondista

de la calle del Clavel.

Matilde.

Es imposible.

Luis.

Lo juro:

yo que amo...

Matilde.

No mas hablar.

Si lo llega usted á probar...

Luis.

Lo probaré, de seguro.

Matilde.

(De ese modo lo veré,

y aunque infiel...) De esa manera

podré verle á usted!

Luis.

Hechicera!

que usted se convenza haré.

Matilde.

Hasta tanto...

Luis.

Beso humilde.

Matilde.

Oír no podré su amor.

Luis.

Pero...

Matilde.

Ya he dicho.

Luis.

Es rigor!

Pero su nombre?...

Matilde.

Matilde.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

Encantadora aventura!...

De Carlitos es mujer!

Bribon! que me ha hecho creer

que era soltero; oh ventura!

Contenerme no podia,



porque la risa me ahogaba;
 y ella, que no sospechaba...
 buen lance es, fortuna mía!
 Luego viven separados
 puesto que él viene á esta casa
 y no sabe lo que pasa?...
 Oh, maridos desdichados!...
 Y tampoco ella sabrá
 dónde vive su consorte...
 Como es tan grande la Corte...
 buena conquista será! (*Pausa.*)
 Es mi amigo... Y qué reveses
 no hace el amor soportar?
 Sí!... bien se puede faltar
 á un amigo de tres meses.
 Estar aquí mas no quiero:
 según dijo, espera enfrente...
 Cuando le halle frente á frente,
 si no me río me muero!
 (*Se va por el foro.*)

ESCENA IX

ELISA (*Segunda puerta izquierda.*)

Creí escuchar!... Quién sería?...
 Matilde se está vistiendo
 hace un rato á lo que entiendo.
 Triste existencia la mía!
 Es extraño no haber visto
 en diez días á mi esposo.
 Oh! Sin duda es muy dichoso...
 un mes así no resisto!
 ni en el paseo ¡ay de mí!
 ni en ninguna parte pude
 verle... Si á ninguna acude
 dónde está!

ESCENA X.

ELISA. DON CARLOS. (*Por el foro.*)

Carlos.

Tampoco aquí!

- Elisa.* Quién?
- Carlos.* Señorita! Qué miro!...
Mi bella desconocida!...
Hechicera es por mi vida!
- Elisa.* (Cómo mira! Me retiro...)
Busca usted...
- Carlos.* Busco á don Juan;
pero ha quedado en venir.
- Elisa.* Usted me ha de permitir...
- Carlos.* Antes o'iga usted mi afan.
- Elisa.* Qué dice usted ..
- Carlos.* (Vive Cristo!
que don Luis dijo que aquí
vivía la suya... sí...
si será la misma?...) Insisto
en detenerla un instante
aunque sin razon ninguna,
ya que mi loca fortuna
me la puso á usted delante.
- Elisa.* Me sabrá usted explicar?...
- Carlos.* Aunque ofenda su decoro,
señorita, yo la adoro...
(Vaya un modo de empezar!)
Cielos!
- Elisa.* No hay porque asustarse:
- Carlos.* soy un hombre bien nacido.
- Elisa.* Sin duda mal he entendido...
- Carlos.* Procure usted no enfadarse.
La ví ayer y la seguí;
su rostro me enamoró.
- Elisa.* Usted me conoce?
- Carlos.* No.
- Elisa.* Y se atreve á hablarme!
- Carlos.* Sí.
- Pues que su rostro admiré,
que el mio examine espero:
puesto que tanto la quiero,
vengo... á que me quiera usted.
- Elisa.* Caballero, usted está loco!
- Carlos.* Podrá ser de enamorado.
- Elisa.* Parece usted descarado.
- Carlos.* Cómol

- Elisa.* Descarado.
Carlos. Un poco.
Elisa. Pues yo no debo escuchar á quien con tal desenfado me habla de amor.
- Carlos.* Desdichado!
 Usted me quiere matar.
Elisa. Beso á usted...
Carlos. Dios lo quisiera!
 Usted no saldrá de aquí sin que premie con un sí la pasión que me exaspera.
Elisa. (Miedo tengo á este atrevido!)
Carlos. Responda usted á un amante.
Elisa. Oh se va usted al instante, ó llamaré á mi marido.
Carlos. (Es casada!) Y bien, que venga á defender su tesoro; le diré que á usted adoro, y haremos lo que convenga. Que venga aquí ese marido.
Elisa. Caballero! Cómo hacer?...
 Me va usted á comprometer...
Carlos. Pero dónde se ha metido?...
Elisa. Es que ha salido hace un rato.
Carlos. Pero quién es el dichoso?...
Elisa. Tal vez conozca á mi esposo: don Luis Peralta y Amato...
Carlos. Don Luis. (Cielos! Su mujer! de quien él me habló con risa!...) Y se llama usted?...
- Elisa.* Elisa.
Carlos. La misma. (Qué debo hacer? El que vive me ocultaba con su mujer, y decia que há un año no la veía...)
Elisa. (Creo que no me engañaba.) Usted le conoce?
Carlos. Mucho...
 Y tiene usted por marido á un calavera, á un perdido.
Elisa. Ah, cielo santo! qué escucho!

- Cárlos.* La verdad! Tiene amoríos
con casadas y solteras;
tiene siempre borracheras,
pendencias y desafíos.
- Elisa.* Ay de mí!
- Cárlos.* Pues la hace mella.
Por él la condesa bella
del Manzano está perdida;
y él la quiere.
- Elisa.* Una querida!
- Cárlos.* Y se ha marchado con ella.
- Elisa.* Dónde?
- Cárlos.* (Valme, audacia mía!)
- Elisa.* Usted sin duda no ignora?...
- Carlos.* Se la ha llevado, señora,
á la guerra de Turquía.
- Elisa.* Desdichada!
- Carlos.* En cambio está
siempre á su disposicion...
- Elisa.* Ay de mí!
- Carlos.* Mi corazon.
- Elisa.* Caballero! basta ya.

ESCENA XI.

DON CARLOS.

Cosa mas particular!
Esta es la que con su amor
ha cansado... y en rigor,
pues que tanto sabe amar
que á su esposo causa espanto,
bendigo la suerte mia!...
es una ganga en el dia
una mujer que ama tanto!
Mas si siempre me juró
que estaba en Guadalajara...—
Justo! Si bien se repara
será celoso... hombre! y yo...
Por qué no?... en estos asuntos
no sé yo quién bien se porta,
y aunque es mi amigo... qué importa

que los dos vayamos juntos?
 Por ahí andan mas de tres
 maridos con los amantes,
 que eran muy amigos antes
 y lo son aun mas despues...
 Mas si yo las cartas ví...
 Justo... ha venido á indagar...
 Y don Luis debe ignorar
 que está aquí su esposa... sí.
 Y es bella la tal Elisa!...
 Si á don Luis acierto á ver,
 no sé cómo voy á hacer
 para no morir de risa.

ESCENA XII.

DICHO. DON LUIS. DON JUAN. (*Por el fondo.*)

- Luis.* (Era su mujer!...) (*Ap. á don Juan.*)
Juan. (Chiton!)
- Carlos.* (Aquí... está... Serenidad.)
Juan. (Es mucha casualidad!)
- Carlos.* Aquí está nuestro anfitrión...
 (*A don Juan.*)
 Almorzamos?
- Juan.* (Infeliz!)
 Por qué no?
- Luis.* Almorcemos pues.
Carlos. (Y tan tranquilo, eso es!)
Luis. (No cometa usted un deslíz.) (*A don Juan.*)
Carlos. Qué tal te fué por abajo?
Luis. Y á tí qué tal por arriba?
Juan. (En nada mi calma estriba!...
 el no reirse es trabajo.)
- Luis.* He encontrado á la hermosura
 á quien doy mi vida entera.
Carlos. Tambien yo ví á la hechicera
 que me colma de ventura...
 Y qué tal la tuya?
- Luis.* Bien
 se ha divertido.
- Juan.* (Oh! marido!)

Carlos. Tambien la mia ha reido:
Dios te dé fortuna.

Luis. Amen!

Juan. (Y él mismo!)

Luis. Que te ame espero,
y que la conquistes pronto.

Carlos. (*Ap. á don Juan.*)

Es un majadero, un tonto...

Juan. (Y le llama majadero...)

Se ríe usted?

Carlos. (Sin querer.)

Figúrese usted, mi amigo,
que la hermosura que digo
es su mujer...!

Juan. (Su mujer!...)

Luis. (Don Juan se muere de risa!)

Carlos. (Y se ríe el desdichado!)

Juan. (Y los dos se la han pegado!...)

Vamos á almorzar aprisa.

(*Pausa. Todos contienen la risa.*)

Luisa. (Callarme no puedo ya!)

Carlos. (Imposible resistir.)

Juan. (Qué haré para no reir!...)

(*Se miran y prorumpen en una carcajada.*)

Todos. Ja! ja! ja! ja! ja! ja! ja!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de descanso del Teatro Real en una noche de Máscaras. Espejos, arañas encendidas, butacas y muebles de lujo. Puertas á los lados y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. DON CARLOS. (*Puerta del fondo.*)

- Juan.* Atrás, canalla importuna!
Qué confusion, Dios eterno!
- Carlos.* Y qué fachas y qué trajes!...
Por Cristo que no comprendo
cómo hay quien se desfigure
con tan raros embelecós!...
- Juan.* Y qué imprudentes algunos!
- Carlos.* (Daré cima á mi proyecto.)
No ha visto usted á don Luis?
- Juan.* Qué he de ver entre el jaleo
y la zambra y el bullicio
que reinan por allá dentro?
- Carlos.* Yo le oculté que venia.
- Juan.* Vendrá con todo.
- Carlos.* Lo temo,
porque no suele faltar
á las fiestas de este género!
- Juan.* Y á qué ocultarle?...
- Carlos.* Demonio!
estuviera el lance bueno!
No se acuerda usted que Elisa
es su mujer, y que tengo
cita aquí con ella?

- Juan* Brabo!
espasmódico! soberbio!
No me acordaba.
- Carlos.* (Veamos.)
Que es usted mi amigo creo.
- Juan.* Vaya una pregunta!... Y tanto.
- Carlos.* Pues entonces sin rodeos
va usted á calmar mis dudas.
Juan. Pues empiece usted.
- Carlos.* Empiezo.
- Juan.* (Si aguardas á que te entere
de esas cosas, ya estás fresco.)
- Carlos.* En primer lugar Elisa,
por quien estoy medio muerto,
dice que su esposo es
Luis Peralta.
- Juan.* Será cierto...
- Carlos.* Dice que en Guadalajara
vivan los dos contentos
hace medio año, y que él
con un frívolo pretesto
vino á Madrid...
- Juan.* Sí que vino.
- Carlos.* Que desde entonces no ha vuelto
á verle.
- Juan.* Si ella lo dice...
- Carlos.* Que no está en Madrid de asiento
la tal Elisa, y que hallar
es solo su único anhelo
á su marido, y volverse
á Guadalajara.
- Juan.* Bueno!
- Carlos.* Que hace diez dias tan solo
que se halla en Madrid.
- Juan.* Convengo.
- Carlos.* Que siente haber abusado
de ustedes
- Juan.* Tambien lo siento.
- Carlos.* Y que si yo soy honrado...
- Juan.* (Que lo dudo.) Que lo creo.
- Carlos.* Tanto la pudiera amar,
y tanto su descensuelo

y tan infame es su esposo,
que por último admitiendo
mi compañía, vendrá
hoy al baile.

Juan.

Lo celebro!

Carlos.

Que traerá un dominó azul,
que los dos hablar podemos,
y que ya hice su conquista
según he visto.

Juan.

Y laus Deo!

Carlos.

Si! pues dice usted bastante.

Juan.

Calla! No está usted contento?

Pues qué quiere usted que diga?

Carlos.

Si lo que ella dice es cierto.

Juan.

Qué sé yo! Si ella está en casa,

mi mujer sabe el secreto:

las dos son amigas íntimas,

y yo rara vez me meto...

Que está casada... mejor!...

Que le ama á usted... buen provecho!

A mí no me importa nada,

y si no callo reviento.

Carlos.

Una vez que usted no quiere

hablar, no seré molesto;

pero le ruego por Dios

que guarde usted el secreto.

Mientras usted queda aquí,

yo voy á ver si la encuentro.

Juan.

Fie usted en mí. (No sabe

que se halla en un caso idéntico

con su mujer don Luisito.

Qué maridos, Dios eterno!

y que mujeres! qué carga,

qué... la mía por ejemplo!)

ESCENA II.

DON JUAN. ANITA. ELISA. MATILDE. (Por el foro. Elisa
con un dominó azul, Matilde rosa, y Anita negro.)

Anita.

Gracias á Dios! (Se quita la careta.)

Juan.

Él me valga!

- Anita.* Por qué no esperaste adentro?
Juan. Porque hace mucho calor,
 y me gusta mas el fresco...
- Anita.* Están ustedes cansadas?
Elisa. No, señora. (*Se quita la careta.*)
Matilde. Ni por pienso. (*Idem.*)
Elisa. Usted es la que estará
 fastidiada del enredo
 que hemos llevado á su casa.
Anita. Ya he dicho á usted que no quiero
 que me hablen de esa bicoca,
 y no paro, no sosiego,
 hasta que logre mirarlas
 felices...
- Elisa.* Cuánto agradezco...
Anita. Tu plan, Matilde, me gusta,
 y para llevarle á efecto,
 en completa libertad
 desde este momento os dejo.
Matilde. Pero usted...
Anita. Te has olvidado
 que está aquí mi caballero?
Juan. Pues, señor, vamos andando.
Anita. Como buen marido anhelo
 que bailes conmigo un wals;
 ya tocan.
- Juan.* Huy! Santo cielo!
 repara que estoy cansado.
Anita. Ya descansarás corriendo.
Juan. Que me caigo.
Anita. Te levantas.
Juan. Mira que me estoy durmiendo.
Anita. Así te despertarás.
 Vamos, Juanito, al momento.
Juan. Si desde el año catorce
 no he vuelto á bailar.
Elisa. Qué es eso?
Anita. Nada, nada; el brazo.
Juan. El brazo:
 que hacerlo bien no prometo;
 nos van á dar una grita.
Anita. Infeliz de tí! Hasta luego;

en esta sala á las cuatro...
Juan, á bailar.

Juan. (Oh! dinero!)

De fijo á las cuatro vueltas
rodando los dos caemos,
y damos un espectáculo
en la capital del reino!

(*Se van por el foro.*)

ESCENA III.

MATILDE. ELISA. (*Sentándose.*)

Elisa. De modo que determinas...

Matilde. Que su falta conociendo,
los dos nos amen rendidos
y se arrepientan.

Elisa. Lo veo
difícil. Ya acostumbrados
al continuo movimiento
de la corte, á sus conquistas,
á su libertad... Qué bello
porvenir pueden mirar
en encerrarse en un pueblo
con nosotras...

Matilde. No te aturdas.
Desempeña con acierto
tu papel, y lo demás
déjame á mí, y al tiempo.
Ayer mismo ni aun sabíamos
donde estaban... Dios es bueno,
y hará que la buena causa
triunfe, buscando los medios.

Elisa. Pero qué casualidad
es que amigos se hayan hecho!

Matilde. Sí, amigos como de corte...
los dos amistad fingiendo
tratan de engañarse, en vez
de corregir sus defectos.

Elisa. De modo que mi marido
te habló con tan grande afecto?
Tanto dijo que te amaba?

Matilde. Que le faltaba el sosiego
desde el día que me vió:
que era su ángel, su tormento...
qué sé yo qué mas me dijo.

Elisa. El tal don Luisito es bueno!
Pues sí, que el tuyo es alhaja!
Con qué afán y atrevimiento
ya su cariño pintaba,
y á mi esposo maldiciendo
le llamaba calavera

Matilde. y seductor... Dios eterno,
qué hombres!... Son lo mismo todos!
Todos, hija... todos ellos
mienten cuanto les parece.

Si dejan de ser solteros
es porque hallan resistencia
en sus infames proyectos,
y porque solo casándose
lograrian sus deseos.
Casados, se fingen libres.
Esposa... mucho te quiero,
y en cuanto vuelven la esquina,
al primer buen pié ó buen cuerpo
dán con su virtud al traste
y si te ví no me acuerdo,
y es mucho si de las bellas
solo se enamoran ciegos,
que de mil maridos sé
de muy buen gusto, que siendo
su mujer encantadora,
de buen cutis y albo seno,
de proporciones esbeltas
y de torneado cuello,
están perdidos de amor
por una mujer sin pelo;
de pies grandes, de ojos chicos,
de labios blancos y gruesos....
y gracias que no te deje
por alguna... yo me entiendo.
Elisa. Pero en qué consiste, en qué
ese afán?

Matilde. Vas á saberlo.

En la esposa siempre es malo
lo que en la querida es bueno.

Te casas, y eres delgada:

al año, y no te exagero:

cuantas gordas ve tu esposo

son su encanto y su embeleso.

Que eres gruesa. Quién resiste

á una mujer de tal peso?

Si tienes lunares, dice,

«los lunares son muy feos,

son manchas que desfiguran

el semblante mas perfecto.»

Tiene otra granos, y exclama:

«oh! qué lunares tan bellos!...»

Tienes ojos negros grandes,

«esos ojos me dán miedo:»

ve los de otra, «á mí me gustan

los ojos grandes y negros.»

Y en fin, para concluir,

la faltas de todo el sexo

son encantos á sus ojos,

y tus encantos defectos;

tu mismo nombre se encuentra

á su inconstancia sujeto.

Primero dicen *mi vida!*

despues te llaman, *mi dueño;*

á poco tiempo, *mi esposa;*

despues, *mi mujer,* y luego

aquella aun no se ha vestido,

y á este *aquella...* acaba el cuento.

Elisa.

Lo peor de todo, es que

no se puede estar sin ellos.

Matilde.

Las caretas; aquí viene

(*Se levantan y se ponen las caretas.*)

mi marido; te le dejo:

veamos cómo te portas.

Elisa.

Pero...

Matilde.

Ya sabes.

Elisa.

Yo...

Matilde.

Vuelvo.

ESCENA IV.

ELISA. DON CÁRLOS. (*Foro.*)

- Carlos.* Ella es, y estamos solos.
Elisa. (Estoy temblando de miedo.)
Carlos. Eres tú la que yo busco?
Elisa. (Valor.) Yo soy.
Carlos. Cuánto tiempo te he esperado... Cómo tardan, de tí los instantes lejos.
Elisa. (Habrá bribon!) Si? De veras?
Carlos. Qué! lo dudas!
Elisa. No lo creo: dirás á todas lo mismo.
Carlos. A las bellas... no lo niego; pero nunca de tal modo sentí latir en mi pecho este corazón sensible.
Elisa. (Y tanto...)
Carlos. Sola te encuentro por mi dicha. Di, no quieres que unas cuantas vueltas demos?
Elisa. No es de buen tono bailar, según me han contado.
Carlos. Cierto: venir á bailar á un baile, ¡oh! si fuese en un entierro!
Elisa. Estás de humor.
Carlos. Como siempre: y me verás mas contento si te quitas la careta, y ver tu semblante puedo.
Elisa. Tengo miedo de que vean...
Carlos. Es de muy mal tono el miedo.
Elisa. Mi marido...
Carlos. Tu marido... está á estas horas durmiendo.
Elisa. Tú le ves todos los dias?
Carlos. Todos.
Elisa. Y nunca te ha hecho la pintura de su esposa?

- Carlos.* Ni el mas pequeño recuerdo
tiene de ella.
- Elisa.* Fementido!
- Carlos.* Buen dicho... En cambio, yo tierno,
enamorado me miro
á tus encantos sujeto.
- Elisa.* (Si no vendrá al baile!) Di,
y le has dicho?...
- Carlos.* Ni por pienso
le he hablado de tí. El te juzga
En Guadalajara, y creo
que te dejaría allí
por toda la vida.
- Elisa.* Cielos!
- Carlos.* Qué es eso! Te pones maia?
- Elisa.* Me ahogo.
- Carlos.* Con ese lienzo
en la cara...
- Elisa.* Sí, mejor
será quitarme... (*Se quita la careta.*)
- Cárlos.* Oh! qué cielo!
- Elisa.* Estás bella!
- Elisa.* Note usted
que la careta no tengo
y esa franqueza...
- Carlos.* Qué quieres?
- Elisa.* El amor es indiscreto!
- Elisa.* (Haré lo que convinimos.)
- Carlos.* Sentémonos, á lo menos, (*Se sientan.*)
ya que pasear no quieres:
al ambigú subiremos.
- Elisa.* Basta...
- Carlos.* No te enfades.
- Elisa.* Yo
lo haré si sigue el tuteo.
- Carlos.* Derecho tiene mi amor...
- Elisa.* Pero no dí yo el derecho.
- Carlos.* Como usted guste... Podré
esperar que llegue el tiempo
en que mi pasion premiando...
- Elisa.* Son ustedes tan perversos
los hombres!...

- Carlos. (Ya capitula.)
 Elisa. Inconstantes...
 Carlos. No lo niego.
 Todo consiste en hallar
 una que fije...
 Elisa. Y yo puedo
 tener esa pretension?
 Carlos. Quién mejor que usted?
 Elisa. Eh! Quieto!
 Carlos. Si mi amor...
 Elisa. Basta, ó me voy
 y no vuelve á verme.
 Carlos. (Bueno!
 despues será.)
 Elisa. (Yo ninguna
 prenda á propósito veo.)
 Carlos. En qué piensa usted?
 Elisa. Insisto
 en su inconstancia.
 Carlos. Prometo...
 Elisa. Quién sabe si ese alfiler
 que lleva usted en el pecho
 será regalo de alguna!
 Carlos. (De mi mujer!) Ni por pienso.
 Elisa. Es bonito!
 Carlos. Así... así.
 Elisa. Hechura de pensamiento.
 Vea usted... puede que ella misma
 le haya colocado.
 Carlos. (Cierto!)
 No!...
 Elisa. Si no fuera de alguna,
 me lo ofreciera.
 Carlos. (Bien puedo
 arriesgarme.) No, señora:
 (no querrá,) y en prueba de ello,
 tendré un placer en que admita
 tan pobre don.
 Elisa. Yo le acepto.
 Carlos. (Demonio... pues le ha tomado!...
 la niña es corta de genio!)
 Elisa. Gracias mil. (Se levanta.)

- Carlos.* No hay porque darlas.
Qué puedo obtener en premio
de mi humildad?... (*Se levanta.*)
- Elisa.* Qué? Mi mano
para bailar.
- Carlos.* Qué portento!
Yo la tomo con delirio,
y en ella la doy un beso.
- Elisa.* Ay! Caballero!...
- Carlos.* Señora!
- Elisa.* (Dios mio!) No nos veremos
ya mas.
- Carlos.* Es una injusticia...
Gente viene...
- Elisa.* Apenas puedo...
- Carlos.* Don Luis de Peralta aquí!
- Elisa.* (Mi marido!... y de bracero
con Matilde!...) Por aquí.
- Carlos.* Ella caerá... no hay remedio.

ESCENA V.

DON LUIS. MATILDE. (*Por el foro.*)

- Matilde.* (Se han marchado.) A qué me traes
por aquí?
- Luis.* A que descansemos
lejos de la baraunda
del salon. Vaya, sentémonos,
y quitate la careta.
- Matilde.* No puede ser, porque creo
haber visto á mi marido.
- Luis.* Tu marido? lindo empeño!
A estas horas estará
arropadito durmiendo!
- Matilde.* Me lo aseguras?
- Luis.* Es claro.
- Matilde.* Entonces... (*Se quita la careta.*)
- Luis.* Bien haya el bello
porvenir que nos espera
juntitos... Mozo! (*Se sientan.*)
- Matilde.* Silencio!



Luis. Qué, no quieres tomar nada?

Matilde. Nada.

Luis. Tu opinion respeto.

Sabes que estás esta noche encantadora en extremo, y que no he visto mujer de rostro mas hechicero?

Matilde. De veras?

Luis. (Pues toma varas, como dicen los polluelos.)

Y qué logrará mi amor esta noche?

Matilde. Yo no entiendo.

Es poco darle una cita para un baile do podemos estar juntos?

Luis. Phs! no es mucho.

Matilde. Que mas quiere usted?

Luis. Primero que me tutees.

Matilde. Qué aprisa ama usted!

Luis. Yo amo corriendo.

Conque, quieres?

Matilde. Si no es mas tu ambicion, te la concedo.

Luis. Es mucho mas. (Acercánlose.)

Matilde. Quietecito...

Vamos á ver...

Luis. No te ruego

nada de estraño.

Matilde. Yo soy

muy exigente.

Luis. Hola!

Matilde. Quiero que el hombre á quien yo prefiera sacrificios haga inmensos por mi amor.

Luis. Qué no haré yo?

Matilde. Lo primero estarse quieto.

Luis. Concedido.

Matilde. Soy celosa,

- muy celosa.
- Luis.* Hola!
- Matilde.* Ea extremo!
- Luis.* Hechicera cualidad!
Yo, pues si tu amor obtengo
juro no amar mas que á ti
en mi vida.
- Matilde.* (Habrá embustero!)
A cuántas dices lo mismo!
- Luis.* Cómo (á todas las que veo):
te figuras...
- Matilde.* Quién te ha dado
esa sortija de pelo?
- Luis.* (Demonio! la de mi esposa!)
Esta!
- Matilde.* No ocultes el dedo.
- Luis.* Ca! no...
- Matilde.* De quién era el rizo?
- Luis.* El rizo de mi cabello:
este pelo es pelo mio.
- Matilde.* Tú tienes el pelo negro
y este es rubio.
- Luis.* Hombre! este es rubio?
No es estraño! Con el tiempo...
Ah! ya sé... yo era muy rubio...
Muy rubio!
- Matilde.* Muy rubio, y luego
se me ha vuelto tan oscuro...
- Matilde.* Para probármelo, quiero
que me la dés.
- Luis.* (Que la dé!...
Demonio!)
- Matilde.* Dudas? Ya veo
que es de mujer
- Luis.* Qué locura!
Mas ya ves, es un recuerdo
que guardo yo de mí mismo.
- Matilde.* Y si yo guardarle quiero.
- Luis.* Ah! entonces no digo yo
ese rizo tan pequeño;
toma toda la cabeza,
y me quedaré contento.

- Y ahora?
- Matilde.* (*Se levanta.*) No puedo estar mas contigo... Tal vez adentro me estén buscando.
- Luis.* (*Idem.*) Despues te veré?
- Matilde.* Búscame luego.
- Luis.* Pero marcharse tan pronto y sin darme...
- Matilde.* (*Se pone la careta.*) Adios... Secreto.
- Luis.* Permíteme...
- Matilde.* No me sigas.
- Luis.* Adios.
- Matilde.* Adios (*Por el foro.*)
- Luis.* Qué buen cuerpo!

ESCENA VI

DON LUIS.

Pues señor! la conquisté desenvuelto y decidido, mientras su pobre marido duerme tranquilo en su fé. Es mucho Cárlos!... tan listo preguntar por mi hechicera, y no sospechar siquiera... mal la hilaridad resisto. En qué consiste, señor, que en casándose un mortal se vuelvè tan animal... tan marido... es de rigor! Siempre temiendo un desliz, se entrega á los mas espertos, se le engaña á ojos abiertos, y los cierra el infeliz! No todos, por vida mia, se engañan de esa manera. Oh! Si á mí me sucediera al punto lo advertiria.

ESCENA VII.

DON LUIS. DON CARLOS (*Por el foro.*)

- Carlos. Nada!... Diantre! (*Al ver á don Luis.*)
 Luis. Quién? Demonio! (*Al ver á don Carlos.*)
 mi marido!
- Carlos. Mi marido!
 Tú en el baile! á qué has venido?...
- Luis. Hombre! Y tú?
- Carlos. (Imbécil!)
 Luis. (Bolonio!)
 Yo te hacia ya en la cama.
 Yo te creía durmiendo.
- Carlos. Pues ahí verás.
- Carlos. Y voy vi-ndo.
 Luis. (Si tendrá tal vez escama...)
 Carlos. (Si le habrá dicho don Juan...)
 Vaya, vaya!
- Luis. Quién diria
 que en el baile te vería?
 (Voy á salir de este afan.)
 Ingénuamente, los dos
 queremos seguir la pista
 á alguna nueva conquista,
 sin testigos.
- Carlos. Sí por Dios.
 Luis. Tal vez á la que dijiste
 seguiste.
- Carlos. La misma es.
 Tú la que hallaste despues
 que como yo la seguiste.
- Luis. Justo. (No sospecha nada.)
 Carlos. Bravo! (Ni piensa siquiera...)
 Luis. Y es muy bonita?
 Carlos. Hechicera!
- Luis. Y la tuya!
 Algo agraciada...
 A este baile te citó?
- Carlos. Sí... Y á tí?
 Luis. Lo mismo.
 Carlos. Bien!

- Luis* Hay un marido!
Tambien
- Carlos.* tengo otro marido yo.
Yo tu conducta no afeo,
pero como estás casado...
Qué pensarás si engañado
fueses tambien?
- Luis.* No lo creo.
- Carlos.* (Así son todos)
- Luis.* Mi Elisa
es una esposa algo rara,
que vive en Guadalajara,
y solo sale á oír misa.
Pero tú, gran camastron,
embustero solapado,
que estando cual yo casado,
te precias de solteron.
- Carlos.* Cómo!
- Luis.* Justo es que me arguya
cuando él en esta sala!...
Si mi conducta es tan mala,
por qué no arreglas la tuya?
Conque... sabes...
- Carlos.* Todo!
- Luis.* Todo!
- Carlos.* Y quién diablos te contó
que estaba casado yo?
Lo supe de un raro modo.
En el Suizo mismo, ayer,
donde con hablar se goza,
un jóven de Zaragoza
hablaba de tu mujer.
- Carlos.* De mi...
- Luis.* Tu infamia no labra.
Solo dijo que vivia
en soledad.
- Carlos.* Y su tia?...
- Luis.* No me dijo una palabra.
- Carlos.* Pues no la conoce bien.
- Luis.* Y ahora que juntos estamos,
seamos francos.
- Carlos.* Seamos:

- yo lo seré.
- Luis.* Y yo tambien.
Los dos con harta prudencia
jóvenes y caballeros,
pasamos hoy por solteros.
- Carlos.* Extraña coincidencial
- Luis.* Cuéntame pues la razon
de por qué con mujer bella
separado, ausente de ella
ocultas tu posicion.
(Con eso sé algun secreto
que con ella haré valer.)
- Carlos.* (El... así con su mujer,
será el triunfo mas completo.)
- Luis.* Tengo tiempo hasta las tres,
que en el salon me citó.
- Carlos.* A igual hora tengo yo
que verla.
- Luis.* Hablemos.
- Carlos.* Eso es.
Conque quieres que te diga
por que en Madrid?...
- Luis.* Justamente.
- Carlos.* Tú harás lo mismo.
- Luis.* Corriente.
- Carlos.* Mi franqueza así te obliga.
Fuí á Zaragoza empleado
con un destino no humilde,
y al ver un dia á Matilde
quedé de ella enamorado.
La conocí, la traté,
la hallé jovial y discreta
y una caterva indiscreta
de ella enamorada hallé.
- Luis.* Hola!
- Carlos.* Celoso quizá,
y por no sufrir reveses,
la hablé al alma... A los dos meses
éramos esposos ya.
Inmensa fué mi alegría,
su amor puro y verdadero;
pero dejé en el tintero

una tia... ay Dios, qué tia!...
 Así mi suerte lo quiso,
 porque sin doña Tomasa
 hubiera sido mi casa
 un segundo paraíso.
 Paraíso fué realmente.
 y te voy á dar la prueba:
 de este Adán y aquella Eva,
 la tia era la serpiente.
 Siempre en chismes y en enredos
 al ver la desgracia mia,
 la daba tal alegría
 que se chupaba los dedos...
 "Por qué te vistes tan pronto?
 "por qué te acuestas tan tarde?
 "Tu mujer es muy cobarde
 "y tu maridito un tonto..."
 Si yo saludaba á alguna,
 "tu marido te es infiel,"
 y aquella luna de miel,
 fué del acibar la luna.
 Tanto en murmurar se goza,
 ó se gozaba á su modo,
 que me puso mal con todo
 el pueblo de Zaragoza.
 Por sus endiablados lios
 y sus locas imprudencias
 tuve cincuenta pependencias
 y catorce desafíos.
 Tal era mi suerte impía,
 que exclamé con ansias negras!
 "Señor, mándame diez suegras,
 "pero llévate á esta tia!"
 Ya se agotó mi paciencia
 á todas horas probada,
 y sin esplicarlas nada
 me metí en la diligencia.
 Vengan desdichas sin tasa,
 nada me importa arruinarme,
 si al fin puedo contemplarme
 libre de doña Tomasa.
 No hacen impresion en mí

cien maridos á porfía,
 pero en oliendo una tia
 no paro hasta Chamberí.
 Y aunque haya tias tambien
 que no son de aquel calibre,
 Dios de las tias me libre
 por siempre jamás amen.

Luis.

Escuché tu relacion,
 y mucho me ha hecho reir;
 para mejor concluir
 ahí va la mia, atencion.
 En un convento educada
 la esposa que yo elegí,
 bella y jóven se unió á mí
 sin saber del amor nada.
 De tal modo mis caricias
 hirieron su pecho fiel,
 que fué mi luna de miel
 una luna de delicias.
 No era amor, era locura,
 enamorada y ardiente
 estaba continuamente
 brindándome su hermosura.
 Ave en la jaula encerrada
 desde su primer aliento,
 sin tener mas pensamiento
 que su prision adornada,
 que sin pena y sin afan
 viviendo alegre y gozosa
 solo sabe que es hermosa
 por los besos que la dán.
 Ave que de pronto abierta
 su prision sale y avanza,
 y á los espacios se lanza
 y á volar casi no acierta.
 Que pasa la altiva cumbre,
 que cruza el ameno prado,
 y ve un placer ignorado
 en su misma incertidumbre,
 que en su intranquilo volar
 si en un arroyo se mira,
 cuanto mas ambiente aspira,

mas aire quiere aspirar;
 que al ver la vida tan bella,
 si un águila la persigue,
 cansaria á quien la sigue
 sin cansarse jamás ella,
 así mi Elisa se lanza,
 y anhelante y aturdida
 nació al aire de la vida
 en alas de su esperanza.
 Pero...

Carlos.
Luis.

El pero es mi agonía.
 Yo esperaba, y con razon,
 del vuelo la conclusion,
 y el vuelo no concluía...
 Y pasó un mes y otro mes
 en deliciosos instantes,
 y si mucho me amó antes,
 mas me queria despues.
 Bien mio! mi caro esposo!
 estás malo? algo tardaste...
 Oh! qué tarde te acostaste!...
 necesitas mas reposo!
 Ella de almorzar me daba,
 ella hasta el pan me partia,
 y este pan de cada dia
 me aturdia, me cansaba.
 En vano yo la indiqué
 que el amor es cosa buena,
 mas que tambien envenena
 como sin tino se dé.
 Ella lloró su querrelia,
 y se afligió como un niño;
 como aquello era cariño
 hice las paces con ella;
 pero volvió la pasion,
 y el cuidado, y el tormento.
 No estaba libre un momento
 de aquella persecucion.
 Que ¡quién sufre á troche y moche,
 aunque uno no tenga gana,
 cariño por la mañana
 y cariño por la noche?...



Cual tú, perdí la paciencia
al ver amor tan constante,
y comprendí que el calmante
mejor sería la ausencia.

Fingí un necesario asunto;
inventé cuatro ó seis cuentos,
y á pesar de sus lamentos
me vine á Madrid al punto.
Y estoy muy contento aquí,
que si por amor me ofusco,
yo me divierto y le busco,
mas no me busca él á mí.

Si sigo allí, muero de asma,
ó no cumplo como esposo,
porque amor tan pegajoso
era, no amor, cataplasma!

Carlos. Tambien me agradó tu historia:
pero, es tarde.

Luis. Verdad es:
ya nos veremos despues.

Carlos. (Venzo.) (*Se va por el foro.*)

Luis. (*Puerta derecha.*) (*Mia es la victoria.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. (*En completo desórden por el foro.*)

Uf!... Qué silba, Dios eterno!
qué granizada de pullas!
Ya me tiran del gaban.
Ya me quitan la peluca.
Qué habia de suceder?
Mi mujer tiene la culpa.
Se empeña en que baile yo!...
que no he vuelto á bailar nunca
desde el tiempo que se usaba
la gabota y la cachucha.
Ya se ve, al tercer acorde
de la tal polka mazourka,
mis pies pierden el compás
y mi cabeza se ofusca:
yo hago el paso del fandango;

ya con espantosa furia
 llevo á rastras á mi cónyuje
 por entre la alegre turba,
 que con locas carcajadas
 mas me aturde y me aturulla.
 Pego un pisoton á un suizo,
 y por no caer de nuca,
 sin saber que hacer me agarro
 al turbante de una turca.
 Aquí es ella! Un indio bravo
 que lances y duelos busca,
 del primer embite, me hace
 andar media legua justa,
 y vengo á caer, llevando
 á mi consorte confusa,
 entre una humilde beata
 y un hijo de Motezuma.
 Yo me destrozo la cara
 y mi mujer ¡desventura!
 enseña al público cosas
 que no debia ver nunca!
 Crece la zambra y la gresca,
 el sombrero me apabullan,
 me bautizan con mil motes,
 me aplastan, me desfiguran,
 y de un corro, en otro corro,
 desde un sofá hasta una estufa,
 ya arrastrando cual culebra,
 ya en un pie como las grullas,
 llego á este salon, que ha sido
 mi salvacion, mi ventura...
 Adios... me escapo, me escuro,
 que si me ve alguna bruja,
 ó un aguacil me echa el guante,
 ó algun moro me columbra,
 van hacer de mi pellejo
 panderetas y bandurrias!
 (*Se va por el foro.*)

ESCENA IX

DON LUIS. DON CÁRLOS.

- Luis.* (*Puerta izquierda.*)
 Por qué me dice que aquí
 venga al instante, y me dá
 este alfiler y se vá?...
 Qué es lo que quiere de mí?
 Como la dí la sortija
 me quiso hacer un regalo.
 Vaya con Dios... y no es malo...
 no hay razon porque me aflija.
 (*Se lo coloca al espejo.*)
- Cárlos.* Dice que al punto vendrá (*Por el foro.*)
 para hablarme, á este salon,
 y sin mas explicacion
 me dá esta prenda y se va.
 Oh! Quién será el importuno!
- Luis.* Qué veo! Maldito encuentro!
 No te esperan por adentro?
- Cárlos.* No: y á tí nadie?...
- Luis.* Ninguno...
- Cárlos.* El caso es, ingénuamente,
 que me ha citado.
- Luis.* Y á mí.
- Cárlos.* Para aquí?
- Luis.* Sí, para aquí.
- Cárlos.* Entonces es diferente...
 Tambien es casualidad...
- Luis.* Cierto... y no atino por qué.
- Cárlos.* (*Vaya un compromiso!*)
- Luis.* Qué?
- Cárlos.* Nada.
- Luis.* (*Qué fatalidad!*
Si pudiera...)
- Cárlos.* Aunque te aflija
 aquí he de estar.
- Luis.* Y qué hacer?
- Cárlos.* Yo conozco ese alfiler...!
 (*Señalando al pecho de don Luis.*)
- Luis.* Demonio! y yo esta sortija.
 (*Agarrándole el dedo.*)

- Carlos. Yo a la mia se la dió.
 Luis. Pues la mia me le dió.
 Carlos. Pues no lo entiendo.
 Luis. Ni yo.
 Carlos. La viste la cara?
 Luis. Sí.
 (Matilde y Elisa entran por el fondo con los dominós cambiados, y sin que ellos las vean bajan y se sientan cada una en un sillón al lado de su marido. Esto es, Matilde al lado de don Carlos, y Elisa al de don Luis, pero con la careta puesta.)
 Carlos. Mi agitacion es imensa!
 Luis. Y ella te dió...
 Carlos. La sortija. (Tosen los dos.)
 Luis. Será forzoso que exija...
 Carlos. Chico, permite...
 Luis. Dispensa.
 (Don Carlos se va al lado de Matilde y don Luis al de Elisa.)

ESCENA X.

DICHOS. ELISA. MATILDE.

- Elisa. El momento llegó ya (Ap.)
 Matilde. Finjamos. (Idem.)
 Carlos. (A Matilde.) Señora quiero...
 Luis. Que me explique usted espero... (A Elisa.)
 Elisa. (Ap. á don Carlos, señalando á don Luis.)
 Mi esposo!
 Matilde. (Idem á don Luis, señalando á don Carlos.)
 Mi esposo!
 Las dos. Ah!
 (Las dos fingen á un tiempo que se desmayan.)
 Luis. (Cielos! se desmaya aquí.)
 Carlos. (Y se desmaya ante él!)
 Luis. Qué es eso?
 Carlos. Lance cruel!
 Luis. Se ha desmayado:
 Carlos. Sí.
 Luis. Sí.
 (Cómo evitar que la vea!)
 (Tapándola con los faldones del frac.)
 Carlos. (Cómo hacer que no la mire!) (Idem.)



- Luis. Lo primero es que respire...
- Carlos. Aire es lo que ella desea,
- Luis. (Señora, buena ocasión!)
- Carlos. (Bonito lance... Señora!...)
- Los dos. La careta!
- Luis. Ahora.
- Carlos. Ahora!
- Luis. Mas... discrecion. (*Bajando al proscenio.*)
- Cárlos. Discrecion. (*Idem.*)
- Luis. Ninguno aquí debe ver.
- Carlos. No, nadie debe mirar.
- Luis. (Tal vez se podrá evitar.)
- Los dos. Oh!..
- (*Quitándolas las caretas y reconociéndolas.*)
- Luis. Mi mujer!...
- Cárlos. Mi mujer!!
- (*Los dos deben quedarse de rodillas ó en la postura violenta en que les haya cogido la accion. Cuadro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. ANITA. (*Aparecen.*)

Juan.

Me levanto, me sublevo!

Anita.

Juanito!

Juan.

Me insurrecciono.

Soy libre, y en el derecho
de la libertad me apoyo;
levanto con mano fuerte
el pendon santo y glorioso
de la independencía. España,
á Dios gracias, no es el Congo.
No mas zambras, no mas bailes,
no mas grescas ni alborotos.
Soy el gefe de mi casa,
y en ella mando yo solo.—
De Dios el hombre es imágen
y la mujer del demonio:
así lo dicen los sabios
y lo afirman los teólogos.
Conque, lo dicho, y si acaso
vuelves hoy á tus antojos,
me defenderán las leyes
y algun párrafo del código,
y despues apele usted

si quiere á Pilatos Poncio.

Anita.

Conque es decir!...

Juan.

Es decir,
que hasta hoy he sido un tonto
que he dejado que me mande
mi mujer, su amiga, el prójimo,
y que cansado de ser
un estúpido de á folio,
seré un Neron, un Calígula,
ya que no me quieres Rómulo.

Anita.

En mi vida he visto un hombre
de entendimiento mas romo.

Juan.

Romo, ó chato, ó narigudo,
mi nariz importa poco.
Conque, que despejen esas
señoras mi casa pronto!
Largo, á escardar cebollinos!
á su pueblo, á su villorrio,
y si no tienen dinero

Anita.

para su sustento propio,
que se pongan á horchateras,
ó á prenderas, ó á demonios.
No se irán, y yo lo mando,
y á tus deseos me opongo,
y te abrumaré á pellizcos,
y nos oirán los sordos,
y no verás en tu vida
de un Napoleon el rostro.

Juan.

Huy! pero mujer...

Anita.

Si ayer
al bailar fuistes un topo,
culpa es tuya, que no mia.
Si tu rostro es el de Momo,
si tu figura es ridícula,
culpa es del que lo hizo todo,
que así como hizo las chinches,
hizo los hombres bolonios.

Juan.

Conque es decir...

Anita.

Es decir,
que si una vez me incomodo...

Juan.

Entendido... vuelvo á ser
lo que he sido... polvo... polvo...

ESCENA II.

DICHOS. ELISA. MATILDE. (*Por la puerta principal de la izquierda.*)

Anita. Silencio! (*Ap. á don Juan.*)

Juan. *Nihil scitur!*

como dijo bien el otro.

Matilde. Qué pasa?

Anita. Qué ha de pasar?

Mi marido...

Matilde. Qué alboroto!

Juan. Eso es! me riñen porque

en mi casa...

Matilde. Qué buen modo

tuvo usted de ser galante!

Allí escuchando piropos,

espuestas á que cualquiera

nos insultára...

Juan. Ecce homo!

Matilde. Qué prisas para marcharse!

Elisa. Sino es por usted que apoyo

nos dió... á armar iban allí

una los dos...

Anita. Lo supongo.

Y qué dijeron al verse

con las dos?

Matilde. Susto mas gordo

no le han llevado en la vida.

Nuestro desmayo fué corto,

que si llega á durar mas

á carcajadas me ahogo.

Juan. Se desmayaron ustedes? (*Con alegría.*)

El cielo escuchó mis votos.

Elisa. No: fué un desmayo fingido.

Juan. Se desmayan á propósito!

Aprended, hombres, aquí,

creed en esos soponcios.

Anita. Y ahora qué piensas hacer? (*A Matilde.*)

Matilde. Vendrán aquí y habrá modo

de que vean la razon.

(*Anita se va al balcon.*)

- Elisa.* Pero qué dirá mi esposo?
Yo lo hice todo por tí;
yo no conocia al otro.
- Matilde.* Si quieres verle á tus pies
obedéceme hoy en todo.
Ten firmeza.
- Anita.* (*Bajando.*) Dios eterno!
Tu marido como un loco
entra en el portal.
- Matilde.* Lo dicho.
Yo estoy cerca.
- Anita.* Juan!
- Juan.* Qué oigo!
- Anita.* Nueva gresca!
- Juan.* Ven conmigo.
- Anita.* Yo!...
- Juan.* Silencio.
- Anita.* Callo.
- Juan.* Pronto.
- Anita.* Si ocurre al...
- Juan.* Ese hombre es memo
si no la raja el exófago.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

ELISA.

Préstame valor, Dios mio!
Mi suerte en tus manos pongo;
devuélveme como es justo
el cariño de mi esposo.

ESCENA IV.

DON LUIS. ELISA.

- Elisa.* (*Estoy temblando!*)
- Luis.* (*Por el foro derecha.*) (*Ella es.*)
- Elisa.* (*No entra.*)
- Luis.* (*Con el sombrero puesto.*) (*Mira de reojo!*
no sabré ocultar mi enojo!)

Señora... *(Se acerca y la dá un grito.)*

Elisa.

Ay!

Luis.

Beso sus piés.

Elisa.

Caballero...

Luis.

Servidor.

Elisa.

Busca usted?...

Luis.

A usted.

Elisa.

A mí?

Luis.

(Y está muy guapa, eso sí.)

Elisa.

Pues yo no tengo el honor...

Luis.

Cómo!...

Elisa.

Conocer no creo...

Luis.

Basta de fingir, señora.

Elisa.

Cómo de fingir, si ahora
por primera vez le veo!

Luis.

Elisa... no... esto es mejor:

(Coge una silla y la coloca al lado de Elisa, que se ha sentado.)

yo... estoy aquí. *(Se sienta.)*

Elisa.

Ya lo he visto.

Luis.

Yo no sé como resisto!...

Elisa.

Está usted malo?...

Luis.

De horror!

Elisa.

Jesús! le causo tal miedo?

Luis.

Porqué coincidencia rara
no está usted en Guadalajara?

Elisa.

Decírselo á usted no puedo.

Asunto es particular,
y usted no debe saber
secretos que una mujer
se empeña en no revelar.

Luis.

Es que yo tengo derecho...

Elisa.

No entiendo.

Luis.

Basta de broma.

Elisa.

Ja! ja! ja!

Luis.

A risa lo toma!

Elisa.

Lo mismo hubiera usted hecho.

Quién es usted para mí,
si no le conozco yo?

Luis.

Que no me conoce?

Elisa.

No.

Luis.

Míreme usted.

Elisa.

Ahora sí:

de vista, justo, y de fama.
 Usted es don Luis de Amato,
 y me ha hecho ayer su retrato
 con gran verdad una dama.
 Casado es usted y olvida
 á su esposa desdichada,
 y lleva usted disipada,
 alegre y dichosa vida.
 Usted es el que enamora
 á cuantas mujeres ve,
 á la vieja porque fué,
 á la niña porque ignora.
 Usted que en loca porfía
 tiene de dicha en tributo
 un amor cada minuto,
 una mujer cada dia.
 Usted que su hacienda gasta
 cuanto en amores recobra,
 á quien tanto amor le sobra
 como caudal no le basta.
 Usted que tiebe en sus listas
 tantas damas, sin conciencia,
 que mide de su existencia
 las horas por sus conquistas.
 Usted es quien descompuesto
 está, cuando hablarme quiso,
 sentado, sin mi permiso,

(Se levanta don Luis.)

y con el sombrero puesto. *(Se le quita.)*

Usted que viene á buscar
 á esta casa otra mujer,
 y se la voy á traer
 para no hacerle esperar.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

DON LUIS.

Uf! uf! uf! Ya es demasiado!

(Paseándose)

Y con qué resolución!

Si querrá tener razon
 despues de haberme engañado!
 Fuera lance divertido
 y cosa digna de ver
 que faltára una mujer
 porque ha faltado el marido!
 Dónde se vió cosa tal
 aunque haya injuria ó desden?
 Que el hombre falte... muy bien;
 pero la mujer... muy mal.

ESCENA VI.

DICHO. MATILDE. (*Puerta izquierda.*)

Matilde. Adios, don Luis.

Luis. (Ay! la otra!
 en qué Belen me he metido!)

Matilde. Tenia gana de verle.
 Y usted?...

Luis. Yo? Lo mismo digo.
 (Bonita está la madera
 para hacer cucharas. Cristo
 me valga!)

Matilde. Qué tiene usted?

Luis. Una friolera!

Matilde. No escito
 hoy como ayer su entusiasmo?

Luis. Oh! Sí señora, lo mismo;
 pero despues de las máscaras
 se queda el cuerpo rendido
 y no tiene uno gran gana
 de cita ni de aforismos.

Matilde. No vió usted qué escena anoche?

Luis. Mucho; pero no me esplico
 á qué fué cambiar de traje,
 temiéndose, y con motivo,
 que la viera á cada una
 su respectivo marido.

Matilde. Es que no me figuraba
 que con Elisa Carlitos
 estuviera, ni ella misma

- que usted estuviese conmigo.
Luis. Pero diga usted: Elisa
 acepta su amor?
- Matilde.* Me admiro
 de tal pregunta: está claro.
- Luis.* Válgame Cornelio Agripo!
- Matilde.* No he aceptado yo el de usted?
- Luis.* Es cierto...
- Matilde.* Por qué tan frío
 está usted conmigo hoy?
- Luis.* (Pues, señor, será preciso
 sonsacarla.) Cá, no tal,
 siempre la amo á usted rendido,
 enamorado y ardiente.
- Matilde.* Oh! lo celebro infinito.
- Luis.* Ahora ya comprendo el cambio
 del alfiler y... Dios mio!
- Matilde.* Ya veo que usted no me ama,
 que era su afecto fingido.
- Luis.* Qué disparate! ese rostro
 á la aurora parecido,
 cuyos ojos nacarados
 y cuyos labios de armiño,
 los dientes negros rasgados
 y es claro... El la habrá metido
 en la cabeza mil pestes
 de mi persona! magnífico!
- Matilde.* Pero, qué está usted diciendo?
- Luis.* Y lo sé acaso yo mismo?
 que la amo á ella con locura,
 que la amo á usted con delirio,
 que él... y que ella y... los y las...
 y por eso y por lo mismo...
 en vista de... y al fin y al cabo...
 me parece que me esplico..
- Matilde.* No se puede decir mas.
- Luis.* (Se está burlando!... bonito
 papel hago... Yo no sé
 cómo salir.)
- Matilde.* (Pobrecillo!)
- Luis.* Y dígame usted, señora,
 cuándo Elisa ha conocido

á Carlos?... por gusto solo
de saber...

Matilde. Ya lo imagino.

Hace mucho tiempo.

Luis. Cáscaras!

Conque el negocio es antiguo?

Matilde. Pero qué le importa á usted?

Si su mujer ha querido

imitarle, si yo le amo...

Luis. Nada, no me importa un pito.

Puede un hombre perdonar

faltas de amor, convenido;

pero nunca se tolera

que le pongan en ridículo.

Y yo lo estoy, sí señora;

cuando encuentre á algun amigo

que con cualquiera se pare...

y empiece con secretitos,

me figuraré que entrambos

se rien de mi individuo.

Cuando alguno me señale,

tendré que mirar de fijo

si sacó solo dos dedos

ó sacó todos los cinco.

Si me miran ¡caracoles!

si se sonríen me irrito,

y voy á vivir sobre ascuas

pidiendo á Santo Toribio,

no, á San Lucas, no, á San Marcos,

que me mande un tabardillo.

Ya ve usted mi posicion:

esto no puedo sufrirlo,

y buscaré al seductor,

y le armaré un desafio,

y le romperé la crisma

como tres y dos son cinco.

Matilde. Se guardará usted muy bien;

ese hombre es mi marido,

y no quiero que le rompan

nada, porque todo es mio...

Luis. No puedo mas: yo me ahogo!

me va á dar un parasismo.

Matilde. (Creo que la broma basta.)
Luis. Huya usted, se lo suplico.
 (Se deja caer en una butaca.)

ESCENA VII.

DICHOS. DON CÁRLOS. (*Entrando de repente.*)

Carlos. Está usted aquí? me alegro.
Matilde. Yo lo celebro infinito.
Carlos. Diga usted, señora mía,
 sabe usted quién soy?
Matilde. No atino.
Cárlos. Nada de farsa, yo soy
 su esposo de usted.
Matilde. Lo afirmo.
Carlos. Usted sin decirme nada
 de Zaragoza ha venido
 trayendo probablemente
 á su tia archi-vestiglo.
Matilde. Qué me quiere usted decir?
Carlos. Ella la habrá á usted inducido
 á que busque un nuevo amor
 no bastando con el mio.
 Pero ella y usted y el tal
 seductor, infame, inicuo,
 sufrirán mi justa cólera.
Matilde. Caballero, no adivino...
 yo no le conozco á usted.
Carlos. Esta es mas negra!
Matilde. He sabido
 que usted ama á otra mujer,
 y pues que con ella vivo,
 voy á llamarla.
Carlos. Señora,
 usted no querrá...
Matilde. Lo dicho.
 Elisa!
Carlos. Voto á mil bombas,
 no la llame usted.
Matilde. Insisto.
 Elisa!

Carlos. Se va á armar buena!
estrepitoso conflicto!
Calle usted.

ESCENA VIII.

DICHOS. ELISA. (*Puerta izquierda.*)

Elisa. Aquí me tienes.
Carlos. Se desplomó el edificio.
Matilde. Este caballero quiere
hablar sin duda contigo.
Carlos. Señora!...
Elisa. Estaba esperando
su llegada.
Carlos. (Adios!)
Luis. (*Se levanta y se acerca.*) Qué miro!
Mi mujer y con su amante!...
Elisa. Me habia usted prometido
venir hoy á verme.
Carlos. Yo...
Matilde. Ya lo ve usted. (*A don Carlos.*)
Luis. Yo prohibo
que le hable usted. (*A Elisa.*)
Elisa. Usted tiene
á Matilde (*A don Luis.*)
Carlos. Vaya un liol!
Luis. Usté es mi mujer. (*A Matilde.*)
Matilde. Y usted
es mi esposa. (*A Elisa.*)
Luis. Desatino!
Elisa. Yo amo á don Luis.
Carlos. A buen tiempo.
Luis. Yo á don Carlos.
Matilde. Vaya un pico!
Carlos. Basta de enredos, señoras.
Luis. Ah! qué es eso? Ahora salimos
conque tampoco me quiere?
Matilde. Pues entonces me retiro.
Carlos. No señor: yo á esta señora
no la quiero, no la he visto.
Elisa. Entonces me voy.

- Luis.* No tal.
Matilde. Señores.:. (*Pausa.*)
Luis. Nada hay perdido.
 Dignidad... Hasta la vista.
Elisa. Beso á ustedes...
Carlos. Yo lo mismo.
Elisa. (De buena gara le daba
 un abrazo.)
Carlos. Me despido
 de ustedes; me voy.
Matilde. Buen viaje...
Carlos. Adios!
 Nos hemos lucido!

ESCENA IX.

DON LUIS. DON CARLOS.

- Luis.* Muy bien! (*Paseándose.*)
Carlos. Muy bien! (*Idem.*)
Luis. Y qué?
Carlos. Y qué?
Luis. Que esto no puede durar.
Carlos. Sí: debemos terminar.
Luis. Terminaremos.
Carlos. Sí á fé.
Luis. Eso es; tenga usted amigos.
Carlos. Eso mismo digo yo.
Luis. Serán del que los buscó
 los mayores enemigos.
Carlos. Justo.
Luis. Cabal.
Carlos. Eso es.
Luis. Ahorraremos los instantes.
Carlos. Matémonos cuanto antes.
Luis. Sí; y hablaremos despues.
Carlos. Tenga usted, amigo, esposa...
 por buenas ó malas artes
 la seguirá á todas partes,
 la seducirá... no es cosa.
 Ya se ve, estos calaveras
 tan comunes en el dia

cifran toda su alegría
 en sus conquistas arteras.
 El objeto es aumentar
 el catálogo amoroso,
 y los deberes de esposo,
 y de hombre honrado olvidar.
 Es tan inmenso su amor,
 que enamoran siendo bellas,
 jóvenes, viudas, doncellas,
 hasta casadas... qué horror!
 Sin mirar que Dios mañana
 los castigará lo mismo;
 olvidan... el catecismo
 de la doctrina cristiana.
 Para ellos no hay religion,
 deberes, justicia, rey;
 es su capricho la ley
 de su infame corazón.
 Sigán con su mente inquieta
 esos hombres tan malditos;
 ya purgarán sus delitos
 el día de la trompeta.

Luis.

Oh! Calavera insensato,
 que tales males predice,
 sin saber lo que se dice
 está haciendo su retrato!
 Eres tú por Belcebú
 el que pintas con horror:
 tú eres solo el seductor.
 No, que eres tú.

Carlos.

Luis.

Tú.

Carlos.

Tú.

Luis.

Tú.

Carlos.

Que calle tu lengua impía.

Luis.

Cese tu afán obcecado.

Carlos.

Tú á la mia has engañado.

Luis.

Tú has seducido á la mia.

Carlos.

Armas.

Luis.

La pistola, el sable,
 el fusil, la culebrina.

Carlos.

Tu cabeza desatina.

Luis.

No quiero que nadie me hable.



- Sitio.
- Carlos.* Cualquiera es igual:
la calle si te dá gana,
ó la Fuente Castellana,
ó el Retiro, ó el Canal.
- Luis.* A cualquier hora; á las tres,
á las cuatro, ó á las doce,
con tal de que te destroce
trozo á trozo, lo mismo es. (*Pausa.*)
- Carlos.* Igual es nuestra razon.
- Luis.* A qué ese duelo chistoso?
- Carlos.* Estamos haciendo el oso.
- Luis.* Tocamos el violon.
- Carlos.* Entonces...
- Luis.* No quiero hablar.
- Carlos.* Y te vas con tal presteza?
- Luis.* Tengo mala la cabeza
y me voy á pasear.
- Carlos.* Quédate, y corre el albur.
- Luis.* Yo para chanzas no estoy.
- Carlos.* Yo me quedo.
- Luis.* Yo me voy.
- Carlos.* Hasta luego
- Luis.* Abur. (*Vase por el foro.*)
- Carlos.* Abur.

ESCENA X

DON CÁRLOS

Si él no hubiese adelantado
en su espantoso designio
mas que yo, con su mujer,
ya era el caso muy distinto;
pero si como supongo
mas dichoso que yo ha sido,
soy infeliz, y... lo otro
por los siglos de los siglos.

ESCENA XI.

DICHOS. MATILDE (*Puerta izquierda.*)

- Matilde. (Solo está.)
 Carlos. (Mi mujer es!
 Veamos si con prudencia...)
 Matilde. (Valor, que tenga paciencia.)
 Carlos. (Tú la pagarás despues.)
 Matilde. Y don Luis?
 Carlos. No mas por Dios,
 me hagas sufrir tal tortura,
 ya que ahora por ventura
 estamos solos los dos.
 Matilde. Luego quiere usted hablarme?
 Carlos. Deja el usted enojoso,
 y mira que soy tu esposo.
 Matilde. Y vienes á enamorarme?
 Carlos. Vengo á salir de una duda
 fatal!... horrible!... insensata;
 una duda que me mata
 si es que en realidad se muda.
 Amas á don Luis?
 Matilde. No sé
 cómo debo contestar
 á quien me supo ultrajar
 dando á otra mujer su fé.
 Carlos. Yo confieso que hice mal,
 que he olvidado tus encantos;
 mas contesta por los santos
 de la corte celestial.
 Matilde. Fuera acaso maravilla
 que una vez que me olvidaste,
 y con tu desden sembraste
 de discordia la semilla,
 fuera acaso lance extraño
 que yo olvidado te hubiera?
 Carlos. No lo fuera, no lo fuera,
 pero me hiciera gran daño.
 Y yo sufriré tu homilia...
 Matilde. Oyeme hasta el fin, y calla.
 Tan mal un hombre se halla

al lado de su familia?
 Tan poco atractivo tiene
 el lazo matrimonial,
 que con afán criminal
 le rompe si le conviene?
 Si así el marido abandona
 á quién debe proteger,
 qué espera de la mujer
 si su falta no perdona,
 qué extraño que de los dos
 parecido sea el delito?

Carlos. Sí, todo eso es muy bonito.
 Pero contesta por Dios.
 Amas á don Luis?

Matilde. Pudiera.

Carlos. Cielos!...

Matilde. Pero soy honrada.

Carlos. Termina pues, desdichada.

Matilde. Menos entonces lo fuera.

Carlos. Tú no...

Matilde. Y pudiste creer!...

Carlos. Conque...

Matilde. Solo á tí te he amado.

Carlos. Huy! qué peso me has quitado.

Dios te lo pague, mujer.

Matilde. Era ya plan convenido
 con su mujer.

Carlos. Ay qué mona!

Matilde. Si tu esposa te perdona
 es porque infame no ha sido.

Carlos. Y yo hice tales escesos!

Matilde. Volverás á amarme, dí?

Carlos. Si no hubiera nadie aquí,
 yo me la comía á besos.
 Perdon! (*Se arrodilla.*)

Matilde. Levanta, bien mio.

Carlos. Todo mi sér se remoza.

Matilde. Iremos á Zaragoza.

Carlos. A Zaragoza! Hado impío!

Iria de buena gana,

pero á Zaragoza no.

Matilde. Por qué?

Carlos. Tu tia...

Matilde. Murió.

Carlos. Hossanna, Señor, hossanna.

(*Con un grito de gozo.*)

Iremos al fin del mundo,
y juro amarte de hoy más.

Matilde. Sin ser otra vez...

Carlos. Jamás,

que en la esperiencia me fundo.

Matilde. Quiero que las gracias des
á quien me admitió en su casa.

Carlos. Requiescat, doña Tomasa.

Matilde. El brazo.

Carlos. Qué mona es!

ESCENA XII.

DON LUIS. (*Puerta del fondo; con el sombrero hasta las cejas.*)

Quiero huir, y no me voy;
quiero quedarme, y me ausento.

Vamos, no sé lo que siento,

lo que fui, ni lo que soy...

Pérfida! no quiero hablarla!

tanto amor... constancia tal

ha de vencer un rival!...

fuera cosa de matarla...

Ella sale... Dios me ayude.

ESCENA XIII.

DICHO. ELISA. (*Puerta izquierda.*)

Elisa. (Allí está. Fingir quisiera,
pero no puedo. Dios quiera

que de la verdad no duze.)

Luis?...

Luis. Elisa?

Elisa. Has vuelto ya?

Luis. Si.

Elisa. Yo tambien.

- Luis.* Ya lo veo.
Elisa. (Mal oculto mi deseo.)
 Quieres hablar me?
- Luis.* Quizá.
 Siéntate... aquí... al lado mio.
 Qué es eso! No es de tu agrado
 estar amante á mi lado?
- Elisa.* Ya hace tiempo que lo ansío. (*Se sientan.*)
Luis. Hola! Pero dí, mirando
 mi olvido... (estoy en un potro)
 no has estado así con otro?
- Elisa.* Tal vez hubiera debido.
Luis. Cómo!
Elisa. Si del santo templo
 del amor tú desertaste,
 si tan pronto me olvidaste,
 si me distes el ejemplo...
- Luis.* Ya sé tus reconvenciones;
 pero dime la verdad.
 Carlos...
- Elisa.* Por casualidad
 escuché sus espresiones,
 y no le hubiera escuchado
 si Matilde...
- Luis.* De manera
 que esa infame compañera...
- Elisa.* Es la que nos ha salvado.
 Escitando así tus celos
 has vuelto á mi lado.
- Luis.* Ya!
 era una farsa quizá
 tu amor...
- Elisa.* Como el suyo.
Luis. Cielos!
Elisa. Ella tu amor escuchó,
 yo el de don Carlos oí;
 ni ella me engañaba á mí,
 ni á tí te faltaba yo.
 Y no haberlo sospechado!
- Luis.* Ya se ve, quien mal se porta...
Elisa. Dura es la leccion.
Elisa. Qué importa

- si con ella hemos triunfado?
Luis. De modo... que tú me quieres.
 Pero las dos qué resueltas...
 le dán á un hombre cien vueltas
 estos diablos de mujeres!
Elisa. Reconoces ya tu error?
Luis. Sí, y de veras me arrepiento;
 no compensa este momento
 catorce lances de amor.
Elisa. Y siempre fiel me serás?
Luis. Siempre tu esposo seré,
 y como antes te querré
 sin engañarte jamás.
Elisa. Justo es que temor te infunda:
 que la mujer que mas quiera
 perdona la vez primera,
 mas no siempre la segunda.
Luis. Hundo mi frente en el polvo.
 (*Se arrodilla.*)
Elisa. Alza, mi amor te disculpa.
Luis. Mea culpa, mea culpa.
 (*Dándose golpes de pecho.*)
Elisa. Pecador, ego te absolvo. (*Bendiciéndole.*)
 Y ya no te apartarás
 de mi lado.
Luis. (*Levantándose.*) Te aseguro...
Elisa. Y me amarás?
Luis. Te lo juro.
Elisa. Sin engañarme?
Luis. Jamás.
Elisa. Oh! qué dicha! eternamente
 juntos de noche, de dia...
Luis. Poco á poco...
Elisa. Qué alegría
 no mirarte indiferente
 en mis amantes extremos,
 estar para siempre unidos
 en nuestro amor embebidos!
 Oh! qué dichosos seremos!
Luis. Sin duda que es muy bonito
 el porvenir que me espera,
 mas que aprendieses quisiera

el siguiente parrafito.
 La ventura conyugal
 segun filósofos mil,
 es parecida á un candil...
 No te rias, que es formal...
 Sin amor no hay matrimonio
 que pueda vivir contento,
 ni hay candil que tenga aliento
 sin la pringue del demonio.
 Mas si con torpes locuras
 porque luzca con deleite
 le echas aceite y aceite...
 tambien te quedas á oscuras.
 Ten pues, Elisa, prudencia,
 y advierte no hagas lo mismo,
 que de amor... á sinapismo,
 hay una gran diferencia.

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

Matilde. Bravo!
Anita. Soberbio!
Luis. Quién? ah!
Juan. A muy buen tiempo vinimos.
Carlos. Conque las paces hicimos?
Luis. No sé quién las romperá!
Matilde. Ea, basta de gemir:
 perdon completo y dichoso.
 Elisa, el brazo á tu esposo:
 ahora el tuyo. (*A don Carlos.*)
Anita. (*A don Juan.*) Y tú has de
 huir?
Juan. Que no reñimos no ves?
Anita. Los dos contentos estamos...
Juan. Procuraré que riñamos
 para amarte mas despues.
 Señores... tengo el honor...
 todo el mundo esté contento,
 y aunque yo mucho lo siento...
 como solo estoy mejor...

que oigan ustedes quisiera.

Sepa usted, señora mía (*A Matilde.*)

que tras de esa galería

á dar viene la escalera...

Quédense libres mis lares,

y mi vida se remoza.

(*Coge á las dos de la mano y las lleva al balcon.*)

Posada de Zaragoza

y fondas Peninsulares.

Allí hacen bien las chuletas,

y para comer del día,

nada como la hostería

de la calle de Carretas.

Y si es que no hay demasiado

decoro... vamos... dinero,

tiene un magno cocinero

la taberna de Pelado.

Conque... largo... hasta mas ver...

no me hagas desesperar,

quiero una noche pasar

á solas con mi mujer...

Nada, nada de reproches,

quiero vida sosegada,

conque... (*Al público*) dad una palmada,

aprisita, y buenas noches.

FIN DE LA COMEDIA.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
so de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
dolero.—Gran capitán.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Gusflelmo
man.—Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, zar-
za.—Géneros ultramarinos.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Herna-
o el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroísmo y virtud.—Higuamota.—Hija del ava-
—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo
cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hom-
gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
filico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija
Fernan Gil.

Improvisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
.—Intriga y amor.—Intrigador para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
entend.—Ya murió Napoleón.

Jacobo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
Suavia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
.—Jura en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
Lances de Carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóns-
.—Loca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio
to.—Luísa.—Luis oncenno.—Llueven bofetones.—La pasión y muerte de Jesús.—Los dos
imos.—Lanuza.—Luis y Luisito.

Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—
rcela, ó á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
rido de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
elo.—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamueertos y el cruel.—Mateo, ó
hija del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
didas extraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
nel.—Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
.—Mi empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
sterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
ajuar.—Moedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
.—Mujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
ma.—Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
n.—Mas vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.

Ni el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
en no venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
te el amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en Pa-
s.—Nube de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.

Obrar cual noble aun con celos.—Ocasión por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
l.—Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasión.

Pablo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
.—Padres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de
ñen.—Patria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pas-
nal y Carranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.^a parte.—Pelo de
a dehesa, 2.^a parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
erla de Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
patricio.—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
endiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
M.—Por no explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
edor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas
de amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.—Por derecho de conquista.—
ava trufada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.

Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
ómico.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.

Ramillote y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
ugal.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
etascon.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
esdichas.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
una, 1.^a parte.—Rueda de la fortuna, 2.^a parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
os y originales.

Saul.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
segunda dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
anegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
es de un prisionero.—Solitarios, zarzuela.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—

Sotillo.—Soto.—Sotomayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscate.—Vese el que pueda.—Soy yo, zarzuela.—Santiaguillo, zarzuela.—Sueños de amor.
 Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho Tigre de Bengala.—Tío Marcelo.—Tío Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca
 Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Tza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumbavada.—Tutora.—Tomás el montañés.
 Valeria.—¡Vaya un par!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Yoganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cardenas.—Vengar con amor y celos.—Vicente Paul, o los ópositos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad ven apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria
 Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Victima de la calumnia
 Un alma de artista.—Un año y un día.—Un artista.—Un desafío.—Un día de campo.—Un de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado
 Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bedlan
 Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de esto.
 do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Un y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesta.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en el fango.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológico.—Un se qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego y un cantante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.^a parte.—Zapatero y rey, 2.^a parte.

OBRA.

- Figaro:** cuatro tomos en 8.^o marquilla con el retrato y biografía, 400 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 44.
Poesías de D. José Zorrilla: se venden coleccionadas y por tomos.
 — de D. José de Espronceda, con su retrato y biografía: un tomo, 42.
 — de D. Tomás Rodríguez Rubi, un tomo, 40.
La Azucena silvestre por D. José Zorrilla: un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron y Lartra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.^o, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del principe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamación, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALEERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
 12 tomos del teatro antiguo español de Tirso de Molina.
 80 idem del moderno español.
 40 idem de idem extranjero.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, calle de Carretas.

Y en Provincias en las principales.



1066558

